

Michael Neu, *Just Liberal Violence: Sweatshops, Torture, War*, Londres, Rowman and Littlefield, 2018, 147 pp.

Desde las últimas décadas del siglo XX filósofos morales y políticos contemporáneos han venido publicando regularmente trabajos en defensa de los talleres de explotación laboral, la tortura y la guerra desde un marco teórico liberal. *Just Liberal Violence*, el ensayo del profesor del Centro de Filosofía Aplicada, Política y Ética (CAPPE) de la Universidad de Brighton (UK) Michael Neu, evalúa críticamente estos argumentos y llama la atención sobre las inadecuaciones, contradicciones y errores que contienen sus líneas discursivas.

El ensayo de Michael Neu constituye un análisis de la “violencia liberal”. Ahora bien, ¿qué cabe entender por dicho concepto? Para el profesor Neu la violencia liberal es, en primer lugar, ese tipo de fuerza física y psíquica que se despliega alegando la defensa de los derechos humanos con el objetivo de minimizar el sufrimiento de las personas implicadas. En la práctica este primer aspecto supone, no solo hacer de la violencia la única alternativa ante determinadas situaciones, sino y sobre todo constituye un intento por justificarla moralmente. En segundo lugar y como subraya Neu, la violencia liberal es tan sólo eso: pura y simple violencia (p. 1). La violencia sirve a unos fines concretos que pueden estar justificados en la teoría y en la práctica si y solo si se ignoran las consecuencias que se derivan de la utilización de esa misma violencia. En los seis capítulos en los que se articula el libro, Neu examina la justificación que desde posicionamientos liberales se lleva a cabo de la violencia a la que se somete a quienes trabajan en las fábricas clandestinas de explotación laboral, a quienes son torturados gracias a un complejo entramado político-jurídico internacional desde el que se pretende justificar la tortura en un interrogatorio y a las víctimas de las así denominadas guerras justas.

Neu inicia su investigación identificando tres reducciones o simplificaciones que tienen lugar en la defensa que los teóricos liberales hacen de los talleres de explotación laboral, la tortura interrogativa y la guerra justa: i) simplificación de la violencia; ii) simplificación de la capacidad moral de los sujetos; y iii) simplificación de la perspectiva (pp. 8-16). Por ejemplo, los defensores de los talleres de explotación laboral reducen la violencia a casos en los que se produce una coacción *física* y pasan por alto las múltiples formas de coacción que pueden ejercerse sobre quienes trabajan en condiciones infrahumanas. Los defensores de la guerra justa reducen la capacidad moral de los sujetos a su vertiente *reactiva*, centrando su discurso en cómo actuar cuando debe responderse a una agresión injusta en un conflicto armado. Por último, los defensores de la tortura en un interrogatorio reducen el mundo a un lugar en el que sólo hay dos *tipos* de personas: los malvados y los completamente inocentes.

Estas reducciones apuntan, según Neu, a dos problemas teóricos centrales: el primero es la negación de la interconexión de los fenómenos humanos, algo que el pen-

sador alemán denomina “atomismo analítico” (p. 16). Quienes justifican la violencia liberal consideran que el mundo está fraccionado y separado de suerte que puede ser aprehendido analíticamente sin dificultad. Olvidan, por tanto, que los individuos y las comunidades no son mónadas aisladas, sino que, antes bien, están interconectadas a través de complejas estructuras sociales reticulares. El segundo problema tiene que ver con lo que Neu llama “realismo moral” (p. 19). Aunque los defensores de la violencia liberal parecen cuestionar la cosmovisión según la cual el mundo es un lugar básicamente peligroso porque está cimentado sobre el egoísmo, el miedo a la muerte, el dolor y la voluntad de poder y dominio, sus prescripciones supuestamente apolíticas no hacen sino apuntalar esa misma cosmovisión: se trabaja en condiciones infamantes porque *así* son las leyes que gobiernan el sistema de producción capitalista; se tortura porque vivimos en un mundo plagado de lunáticos y *no cabe* actuar de otra forma; se guerra porque *necesariamente* alguien va a intentar atacar a nuestro país. Este supuesto realismo, fuertemente determinista, es sumamente restrictivo y paradójico, y Neu aprovecha para profundizar en sus contradicciones a lo largo del ensayo.

En sus consideraciones sobre el trabajo en talleres y fábricas de explotación laboral, por ejemplo, el atomismo analítico y el realismo moral de estos pensadores puede detectarse en cómo justifican una tarea que tiene lugar en condiciones de insalubridad alarmantes, con mujeres, hombres y niños que trabajan a turnos prácticamente sin descanso y corren el riesgo, además, de resultar heridos por la total ausencia de sistemas de control laboral. Neu cita en este punto al economista Benjamin Powell: una vez que el trabajo ha sido elegido *voluntariamente* no cabe hablar de violencia coactiva de ningún tipo (p. 25). Desde la perspectiva de Neu el argumento cae por su propio peso. Si la coacción en el trabajo se reduce a la agresión física, ¿no tendríamos que introducir una diferencia ontológica decisiva, i.e., no habría que hablar del trabajador como ‘esclavo’? ¿Habrá un trabajo esclavo voluntario como, según La Boétie, hay una servidumbre voluntaria? Aunque no lo menciona, Neu parece hacerse eco del análisis que Pierre Klossowski hace del fenómeno laboral en *La monnaie vivante*: el sistema de producción debe garantizar que nadie atente jamás contra la integridad personal de los trabajadores y se ejerza una presión únicamente sobre el rendimiento de sus capacidades productivas. Pero este argumento esconde en realidad un círculo vicioso: la integridad personal no existe fuera del ámbito industrial más que en y por el rendimiento valorable como capital. Efectivamente, los talleres de explotación laboral son indiferentes a las condiciones de vida de los trabajadores, que tienen la obligación de contribuir necesariamente al aumento de la producción. Neu sugiere, no obstante, que hay que resistir a través del único medio al alcance: la organización de acciones colectivas que denuncien estos hechos (p. 48).

Quienes creen que la tortura en un interrogatorio puede estar justificada si se emite una orden judicial para tal efecto –Alan Dershowitz, Fritz Allhoff y Uwe Steinhoff, entre otros– basan sus argumentos en la hipótesis de la bomba de relojería: supongamos, explican, que hay buenas razones para pensar que alguien ha colocado una bomba en un lugar público; y supongamos además que hay buenas razones para pensar que va a explotar en dos horas aproximadamente y que va a matar y mutilar a decenas de personas, tal vez cientos o miles. Por precisar todavía más la cuestión: imaginemos que la policía o los servicios secretos supieran que las bombas están a punto de estallar en alguna parte, pero que nadie sabe dónde está la bomba –excepto una persona bajo custodia. Naturalmente no tiene intención de

revelar dónde se oculta. Tal vez la haya colocado él mismo; tal vez no. De cualquier manera, permanece en silencio. ¿Debe ser torturado con el fin de obligarle a revelar dónde está la bomba? El argumento no es sólo improbable, arguye Neu, sino y sobre todo epistémicamente limitado por cuanto aísla artificialmente una hipótesis con el fin de posibilitar algo muy tangible y material como es la tortura a un sospechoso. Mas, ¿qué consecuencias se derivarían si se legalizara la tortura? ¿Porque acaso alguien piensa, se pregunta Neu, que la legalización de la tortura se llevaría a efecto sin su institucionalización? Legalizar la tortura supone crear un complejo aparato institucional propio de una sociedad grotesca y torturada que nunca compensará los posibles beneficios que se obtengan de evitar una posible catástrofe perpetrada con una bomba programada (pp. 59-60).

Los teóricos liberales contemporáneos de la guerra justa –y no sólo ellos– defienden que puede ser correcto emplear medios bélicos para defender los derechos humanos y/o minimizar el sufrimiento de quienes se ven envueltos en una guerra (p. 75). Neu sostiene, al contrario, que pensadores como Michael Walzer y Jeff McMahan prescriben una serie de preceptos éticos para justificar la guerra que se fundamentan en una consideración binaria de la moral humana (sólo cabe actuar correcta o incorrectamente) y un aparato conceptual reducido a la mínima expresión y diseñado para justificarla. Todo lo que queda fuera de estos parámetros tan estrechos –desde las violaciones sistemáticas a los desplazamientos de grandes masas de población, desde el pasado colonial de algunos países al odio étnico– es invisible a un discurso obsesionado con hacer juicios morales únicamente desde la perspectiva de los derechos y deberes individuales (p. 93). Estos teóricos, además, no examinan por qué los poderes económicos conspiran para perpetuar un modelo de estado que, bajo el pretexto de garantizar la seguridad de sus súbditos, impulsa la expansión ilimitada de las instituciones militares. Neu los considera irresponsables porque, entre otras cosas, permiten que se normalicen formas aberrantes de criminalidad (p. 96).

El ensayo de Michael Neu es un intento audaz por desentrañar las inadecuaciones de quienes justifican la violencia liberal en los tres ámbitos aludidos. El profesor alemán explica, no obstante, que su rechazo de la defensa de la violencia justa que se lleva a cabo desde las filas liberales no le convierte necesariamente en un enemigo del liberalismo *per se*: lo que pone en cuestión es una justificación inadecuada de la violencia, no el proyecto liberal en sí. Urge, a su entender, reemplazar este contexto con las herramientas del análisis crítico, estructural y político.

Vicente Ordóñez